

GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.



LA DECENA DRAMÁTICA

De tren á tren, de Joaquín Dicenta, es una deliciosa pieza cómica, maravillosamente dialogada, y con un *salero* por arrobos.

Dice el autor que está tomada de un cuento francés, y algunos conspicuos han dicho que conocen el cuento. Yo declaro que no lo conozco, y agradecería á los maestros que dicen conocerlo, que me lo citaran; porque no sé por qué se me figura que ocurre con esto algo parecido á lo que pasó en el Congreso cuando hace algunos años, citando Cos-Gayón una contribución que se cobraba en toda Europa, dijo un Diputado de buen humor: «En Dinamarca, no.»

Y con efecto, el Ministro asintió, y no tenía la menor noción de semejante dato.

García Ortega, que ha estrenado esta obra en la ALHAMBRA, está haciendo una campaña muy lucida y demostrando que su excelente Compañía, en un trabajo parecido al de LARA, recuerda los mejores tiempos de la bombonera de Don Cándido.

**

PRICE sigue explotando el viejo repertorio con gran contentamiento de la generación nueva, que á pesar de las corrientes exageradamente modernistas, reconoce y aplaude el mérito de los viejos libretistas y maestros.

**

Alma triunfante, de Benavente, es una comedia exquisitamente hecha, con tales refinamientos de buen gusto, que ella sola le daría á su autor una gran reputación, si ya no la tuviera.

Es la representación de la conciencia humana en determinado estado psicológico, y nunca como en este caso podría llamarse obra alguna dramática un verdadero trozo de vida.

No relataré el argumento, ó por mejor decir la tesis, porque este sistema, muy en boga hoy, en mi opinión quita espectadores.

La crítica dramática, como se hace ahora, diciendo *ex cátedra* lo que es bueno y lo que es malo juzgándolo por impresión y en la primera noche, viene á resucitar, en otro terreno, algo de lo que pasaba antes en materias religiosas.

Cuando yo era niño—y cuidado si han pasado años—nadie vivía sin un presbítero que era su director espiritual; y hoy, en esta época de libre examen, hay muchos que viven sometidos al director espiritual dramático.

«No es de buen gusto ir al teatro por horas.»

«Tal comedia no es profunda, y sólo sirve para hacer reír.»

«No se puede abusar del teatro que divierte; hay que ir á pensar.»

Un excelente amigo mío, á quien la crítica sabia le tiene perplejo sobre el espectáculo á que ha de concurrir por la noche, harto de cortapisas intelectuales y considerando que la crítica no se ha aplicado todavía á la gimnasia, me decía no hace muchas noches: «Afortunadamente aun hay *íteres*.»

**

La ZARZUELA sigue haciéndole tragar al público las obras protestadas. Después de la forma ruidosa en que se recibieron los *Cuadros vivos*, se siguen haciendo, y lo mismo va á ocurrir con *Viva Córdoba!*, zarzuelita con todos los dichos gastados y refritos del género chico.

Los Quinteros, con el título de *El Amor en el*

teatro, han obtenido un nuevo éxito muy justo, que constituye un verdadero alarde de ingenio y que llevará mucha gente al teatro de la COMEDIA.

La Musa, de Salvador Rueda, podrá no ser una obra dramática; pero es de una belleza literaria y está hecha con tal primor, que todo el que presuma de buen gusto tiene la obligación de verla.

Es un capricho literario del que no puede ser autor más que un hombre de muchísimo talento, de gran cultura y de exquisito temperamento sentimental.

La ejecución ha sido admirable por parte de todos, y muy especialmente de María Guerrero, la Cancio y Fernando Mendoza.

En esta época de neurosis, de pasiones terribles y de ambiciones exageradas, *La musa*, en mi opinión, representa un verdadero oasis para el corazón y el entendimiento.

Yo no pretendo imponer mi opinión á nadie, no soy crítico, no soy director espiritual; soy un antiguo aficionado al teatro que se limita á contar á los lectores de GENTE VIEJA lo que se estrena en los teatros, y que tiene una opinión que no se empeña en imponer á nadie; pero por lo que á *La musa* se refiere, estoy en desacuerdo con muchos *mentalistas*—ahora ya no se dice intelectuales—de esos para quien el ideal teatral sería poner en cuatro actos la tabla de logaritmos.

UNO QUE FUÉ AMIGO DE BARRUTIA.

La Patria y sus desastres.

(AL EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.)

BATERÍA PRIMERA

I

Atiéndeme, Gaspar. Un susto al miedo tal he puesto de buenas á primeras, que tienes al demonio mudo, quedo para partir con él maduras peras. Si esto es triunfo, gustoso te le cedo, de todo corazón, de todas veras. Parto todo mi pan con mis hermanos los heroicos poetas castellanos.

II

Como el diablo es espíritu, y muy puro, y penetra en las almas humanas, no bien quise llamarle de conjuro, me sorprendió, entre llamas infernales sentadote en un trono rojo oscuro, traído por los vicios capitales, diciéndome:—A la fuerza me he venido; ¿quién te ha dado el secreto prohibido?

III

Quien puede más que tú me le confía, al punto contesté. Baja á guiarme. —No te tomes tan necia valentía; porque si el caso llega, he de vengarme tan pronto te resbales algún día—dijo. Y le repliqué:—Intimidarme en vano intentarás, que por completo te convierte en mi esclavo este amuleto.

IV

Formado de destellos de hermosura de la Alta Trinidad, dios te creiste; y encomendando el triunfo á tu bravura, ángel de fealdad hecho caiste. Convencido de que eres criatura las fuentes de las lágrimas abriste, y según que al abismo ibas rodando, las tinieblas, del llanto iban brotando.

V

Algunas de tus lágrimas aún flotan entre la inmensidad y los espacios; son lágrimas de ira que rebotan al pegar en los célicos palacios. Lágrimas que en los tiempos no se agotan; los tiempos á la dicha son reacios; lágrimas de alegría y de consuelo son de la eternidad, manan del cielo.

VI

Una lágrima tuya vino á España, é hizo fermentar los corazones, y la Furia, la Rabia, el Olio y Saña empezaron á hervir á borbollones. El hijo contra el padre hace campaña. Víctima es el honrado de ladrones; gobernantes y reyes, y aun Dios mismo parece que ya están en el abismo.

VII

Pero en vano tus fuegos necio atizas, si triunfador te cantas, te equivocas; ¿de qué sirve la muerte en las cenizas cuando en España viven aún las rocas? Una lágrima tuya hará mil trizas los bríos con que incauto me provocas. En esta ampolla está. ¿La ves?... ¡Ah! ¿callas? —Satán me contestó:—Anda, no hay vallas.

RUPERTO.

**

Á CORREGIR

En el terceto undécimo de LA PATRIA Y SUS DESASTRES, publicado en el número anterior, debe leerse lo siguiente:

*En la Patria y en Dios entrambas vistas
nuestros pechos hirvientes de coraje
¿quién podrá destrozar nuestras conquistas?*

Y en el terceto décimoquinto léase:

¡No es grande España sólo vencedora!

Tánger.... Barcinonensis

...."Et apparuerunt illis
dispertitae linguae, tam-
quam ignis....
"Andiebat unusquisque
lingua sua illos loquen-
tes".....
(Actuum, cap. II.)

Yo cito siempre el texto; no soy como un señor modernista que se permite citar á Santo Tomás.... ¡por tomos! y corregir, para mayor claridad—dice—un texto de San Ambrosio comen-

tando el salmo 118. Pero esto no es del caso, porque como dice el mismo autor, nos vamos de un asunto á otro, imitando á Shakspeare —no Shakespeare.— Pues ese texto de las Actas de los Apóstoles, es el ideal de los catalanistas en la famosa cuestión del Catecismo. Porque lo que pasó en la primera predicación de los Apóstoles después de Pentecostés, no puede reproducirse sin un milagro. Eso de que «Partos y Medos, Elamitas y los que habitan la Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto y Cyrene» oigan la doctrina de Dios en su propia lengua, es como querer que gallegos y valencianos, los que habitan la *encumbrada* Rioja y las famosas mesetas de Montserrat, y los vecinos de Hércules y los de la Hispania Tarraconense oigan el Catecismo cada uno en su lengua y al mismo tiempo, y que en el Congreso, al hablar, ponga por caso, en gallego el Sr. D. Venancio Vázquez, en valenciano el Sr. Blasco Ibáñez, en catalán el señor Rusiñol y hasta en alcarreño—que es tan *idioma* como el catalán—el Conde de Romanones, todos los demás lo entendamos como entendían á San Pedro los de Ponto, los de Mesopotamia y los de Cyrene. Mentira parece que se sostengan en serio estas tonterías, y que se diga que el catalán es nada menos que anterior al *dialecto* de Cervantes, que respetó hasta el mismo Rey Alfonso X cuando se propuso legislar para todos, y no hacer cántigas en su dialecto favorito.

Y más cuando ahora resulta.... lo que resulta con la tan ponderada ilustración de los catalanes. Decía el Sr. Vázquez, con noble sinceridad, que en las provincias se habla mal el castellano; todos—dice—necesitamos venir á Madrid para perfeccionarlo; y al decir esto aún no sabía que, según estadística reciente, ¡asómbrense ustedes! más de la mitad de los habitantes de Barcelona, de ese emporio del saber, de la industria, ante la cual Europa tiene que bajar la cabeza y someterse á su lengua,.... ¡¡no sabe leer!!, y en cambio, en este atrasadísimo, holgazán é infecundo Madrid saben leer y escribir, de 512.000 habitantes, ¡¡349.000!! Conviene poner de manifiesto estos hechos; porque á fuerza de chillar cuatro catalanistas se desfigura la verdad para el resto del mundo; y tener en cuenta, como dice el autor de la estadística, que el 80 por 100 de la población de Madrid no es madrileño; y aunque nunca creí que éramos tan pocos *los de la ballena*, esto redundaba en loor del resto de España, pues demuestra que la cultura es general: y no me atrevo á decir, aunque quizá la estadística autorizaría á ello, y como dice el mismo autor de ella, que es posible que esos 163.000 que en Madrid no saben leer, sean catalanes. ¡Sólo en España se ven estas cosas, que verdaderamente entristecen! — como dice D. Francisco Silvela. ¡Como si no hubiera dialectos en Inglaterra y en Francia, y á ningún francés se le ha ocurrido que el bretón ó el *patois* sea un idioma preferente é internacional! El catalán es al español eso; lo que el *patois* al francés. Compárense unas frases de francés con otras de *patois* y unas de catalán con otras de castellano, y se ve que la formación ó *desviación* de ambos dialectos sigue los mismos pasos. *Que vé montá en haout; passe par l'aoutre costat*, dicen en *patois*, por *je vais monter en haut*, y *passé par l'aoutre coté*; la relación de dialecto á idioma se ve tan clara como en esta frase: *Passeu bé*, por páselo usted bien, ó *ting tan sang*, por tengo tanta sangre. No conozco el bretón, pero supongo que sucederá lo mismo. El único lenguaje que en España puede aspirar á idioma—y siento disgustar á Unamuno—es el vascuence. Aquella formación de las palabras no se parece á ningún idioma; el uso del genitivo en *ren* para las personas y en *co* ó *coa* para las cosas, sólo tiene en el inglés alguna semejanza. El verbo sustantivo *dei, dexu, du, degu, dexute, dute*, está muy lejos de parecerse al catalán, ni al español, ni á nada. Si algún dialecto puede hacer alarde de su idioma, es éste, tan lógico casi como el alemán, pues para hacer de un sustantivo un adjetivo ó al contrario, basta añadir una terminación: *ederra*, hermoso; *ederstasuna*, hermosura; *berua*, caliente; *berestasuna*, lo que hoy llamamos calorías, acción del calor, que no tiene equivalente en español, y lo que es más raro, ni en el riquísimo idioma catalán, norma y gala de todo

lenguaje civilizado. Lo mismo sucede en el pobre dialecto de Schiller y de Goethe: *gut*, es bueno; *gütigkeit*, bondad; *schön*, bello; y *schöheit*, belleza; y una cosa análoga sucede en inglés. Es, pues, el vascuence lengua que tiene reglas diferentes del castellano y con más relación con otras, que denota ser y origen propio, y con todo nunca ha pretendido esta primacía casi internacional.

Siento levantar contra mí á todos los *nets dels almogavars*, y que me canten *Els segadors* á grito pelado; pero *amicus Durán*, y quien dice Durán dice todos los catalanes ilustrados y de sentido, que no son pocos: *sed magis amica veritas*. Yo, tratando de explicarme este delirio de grandezas de los catalanes, he hallado una razón honrosísima para ellos, aunque de origen económico. Favorecidos por los aranceles desde tiempo inmemorial y á costa de los demás *ignorantes* de España, han alcanzado grandes progresos, no absolutos, pero al menos relativos, en la industria, y al ver que lo comprábamos todo, ó como decía un amigo mío francés: *Nous vous fournissons tout*, han creído que tenían una superioridad hasta étnica sobre el resto de España; y si no se pone coto á esta manía y se les desengaña, va á crear Europa entera que este país, fuera de *Barcelona*, es una especie de Marruecos, que el Africa empieza en el Ebro, y que *Barcelona* es una especie de oasis internacional, algo así como Tánger en el Mogreb, y que siendo Madrid, Sevilla y Málaga los Fez, los Tetuán y los Marrakest de España, sólo la capital de Cataluña es un *Tánger Barcinonensis*.

F. DÍAZ GALLO.

El último confesor de la Reina María Luisa.

Lanzados de España los franceses por el esfuerzo y heroísmo de nuestros padres, volvió á ocupar el trono de sus mayores el Rey Don Fernando VII.

Carlos IV, después de su abdicación y de los días de amargura que había pasado en su cautividad, se retiró á Roma con su esposa la Reina María Luisa.

El 2 de Enero de 1819 murió esta señora, dejando encargado en su testamento al Rey Fernando que cumpliera fielmente diferentes mandas piadosas y legados á favor de varios establecimientos y Comunidades religiosas. El hijo no cumplió la voluntad de su madre, dando así una prueba más de ingratitud á sus desventurados progenitores.

María Luisa había vivido en Roma con la pensión que el Rey le pasaba, y ésta se consumía mensualmente en los gastos de su casa y servidumbre.

Entre los favorecidos por su testamento, María Luisa había dejado un legado de 4.000 duros á su confesor, el P. Almaráz, héroe de esta verídica historia.

Fray Juan de Almaráz, acostumbrado á vivir al lado de la Reina y al regalo de palacio, se encontró, á la muerte de ésta, pobre, casi en la miseria y contando sólo para su subsistencia con la limosna de la misa.

Elevó una reclamación al Rey Fernando pidiendo el cumplimiento de la cláusula testamentaria; empero esta reclamación y otras varias que hizo por la Secretaría de Gracia y Justicia fueron desestimadas, y no obtuvo contestación.

Al cabo de siete años, en 1826, el Infante Don Francisco, hermano del Rey, hizo un viaje á Roma, y Fray Juan de Almaráz se dirigió á él rogándole hiciera verbalmente al Rey su justa petición.

Cumplió el Infante su palabra y habló al Rey; pero éste se hizo el sordo á las reclamaciones del pobre fraile y á las recomendaciones de su hermano.

Fray Juan de Almaráz cambió entonces de táctica, y abandonando las súplicas escribió al Rey directamente en tono resuelto y amenazador. Por este medio, tan audaz como peligroso, logró preocupar hondamente el ánimo del Rey de España, á quien no bastaron á tranquilizar los consejos de la prudencia ni su incuestionable derecho á la corona de España.

Todos sabían en Roma que en los últimos momentos de la vida de María Luisa había sido su confesor el Pa-

dre Almaráz; pues bien; el vengativo fraile tuvo la audacia de escribir al Rey que su madre María Luisa le había dicho en confesión, autorizándole para que lo revelase después de su muerte, que ninguno de sus hijos lo era del Rey Carlos IV, y que, por consiguiente, la rama de Borbón se había extinguido en España; previniéndole además, que reuniese al cuerpo diplomático é hiciera aquella manifestación en descargo de su conciencia. El P. Almaráz añadió que él, adicto siempre al Rey, había vacilado en hacer tan grave revelación; pero en vista de lo mal que el Rey le trataba, estaba decidido á hacerla.

En vano se trató de persuadir al Rey con el sabio axioma de que son hijos legítimos los demostrados por el constante y no interrumpido matrimonio, sin que contra esta regla de derecho valgan ni aun las declaraciones de los mismos padres.

Veía con razón el Rey en esta audaz amenaza del fraile un escándalo para la Europa y un pretexto favorable á los partidos enemigos de su soberanía.

Fray Almaráz vivía lejos de España y lejos de su poder; compar con oro su silencio era peligroso, porque más adelante podría tener mayores exigencias, reproducir su amenaza y aun ejecutarla.

No faltó entre sus íntimos consejeros quien le sugiriese el proyecto de asesinar al hombre que tanto daño podría hacerle; pero en honor á la verdad, el Rey retrocedió siempre ante la idea del asesinato, y con su favorito D. Juan Grijalva meditó el modo de apoderarse del confesor de su madre.

Este recurso, completamente novelesco, extraordinario y casi inconcebible, se puso por obra como vamos á referir:

El día 14 de Octubre del año 1826, la Corte estaba de jornada en el Real sitio de El Pardo.

El Rey Fernando VII había pasado dos horas en el despacho de Grijalva, su íntimo confidente. Grijalva no era Ministro del Rey; no era un servidor oficial, sino un amigo fiel y leal á toda prueba. Era de carácter retraído, muy aficionado al estudio y de un exterior modestísimo, por lo que no tenía émulo en la Corte, ni enemigos políticos.

Era en sus modales, y hasta en su figura, el tipo de un perfecto jesuita, y desempeñaba en Palacio el cargo de Secretario de la Estampilla.

No bien había salido el Rey del despacho de su confidente, llamó Grijalva á uno de los porteros y le dijo:

—Decid en caballerizas que monte un carrerista inmediatamente á caballo y lleve esta carta á D. José Pérez Navarro, oficial de la Secretaría de Marina.

Una hora después recibía Navarro la carta de Grijalva.

Grijalva era protector de Navarro, y por su mediación el Rey le había colocado en la Secretaría de Marina. Navarro era un andaluz decididor, alegre, con toda la sal de las gentes del Mediodía, muy simpático á todo el mundo y tenido en la Marina por hombre de resolución y valor. Recibió la carta de Grijalva, en la que éste le decía fuera inmediatamente al Real sitio de El Pardo acompañado de un amigo ó persona de confianza, sin que para nada le importase la posición más ó menos elevada de ésta.

Navarro, en vista de la carta y de la orden que le daban, salió con dirección á El Pardo acompañado de su asistente, un marino también andaluz que le había servido en todas sus campañas.

Inmediatamente que llegó fué introducido en el despacho de Grijalva, que le recibió con el afecto de siempre.

—Como usted ha visto, mi querido amigo, en el momento que recibí su carta tomé un carruaje, y me tiene usted aquí dispuesto á recibir sus órdenes.

—Siempre le he tenido á usted, Navarro, por honrado y leal, y no dudo que sabrá usted desempeñar fielmente la misión que se le va á confiar.

—Estoy dispuesto á todo—respondió Navarro.—¿Qué debo hacer?

—No puedo decirselo en este momento; pero lo sabrá usted en París, donde encontrará usted una orden del Rey.

—Está bien; me marcho á Madrid á disponer mi viaje.

—No, amigo mío, no hay necesidad; va usted á marchar ahora mismo.

—Pero.... amigo mío....

—No hay pero que valga. ¿Supongo habrá venido con usted el compañero que le previene trajese?

—Traigo conmigo á mi asistente, hombre de toda mi confianza.

—Pues entonces en marcha.

—Supongo, Sr. Grijalva, que podré ir á mi casa por ropa y para dejar á mi madre, con quien vivo, algún dinero y tomarlo también para el viaje.

—Nada de eso; va usted á salir en este mismo instante con su asistente. En Francia comprará la ropa que necesite; de su madre, el Rey y yo quedamos encargados; en París recibirá usted un pliego, que le dará nuestro ministro Embajador el Conde de Ofalia, y entonces podrá usted saber lo que se le encarga, y con ayuda de su ingenio y travesura cumplir las instrucciones que se le dan.

Grijalva, sin permitir que Navarro le hiciese ninguna observación, y seguido de éste, salió de su despacho, bajó la escalera de Palacio, y á la puerta encontraron una silla de posta, en que hizo entrar á Navarro y su asistente, dándole dos mil duros en oro para los primeros gastos del viaje á París, donde recibiría los fondos que necesitase para su empresa.

—Buena suerte y feliz viaje—añadió Grijalva dando un apretón de manos á Navarro.

Los postillones lanzaron á escape la silla de posta por la carretera de Francia. Navarro encontró en el carruaje mantas de abrigo, buenos fiambres y gran provisión de cigarrillos.

¿Cuántos y cuán raros y diferentes pensamientos debieron agitar la mente del intrépido marino durante aquel rápido y misterioso viaje!

Al llegar á París se presentó, según las órdenes que tenía, al Conde de Ofalia, Embajador de España, que nada pudo revelar sobre el asunto de su viaje; pero le entregó un abultado pliego, dentro del cual encontró detalladas instrucciones y dos cartas autógrafas del mismo Rey Fernando para que hiciese uso de ellas en caso necesario.

Según estas instrucciones, el objeto del misterioso viaje de D. José Pérez Navarro, oficial de la Secretaría de Marina, no era otro que apoderarse secretamente de la persona de Fray Juan de Almaraz, confesor que había sido de la Reina María Luisa, y traerlo á España.

Era necesario evitar todo escándalo, para lo cual el Conde de Ofalia dió, como hemos visto, dos cartas autógrafas del Rey: una para el Papa León XII y otra para D. Juan Francisco Marco Catalán, Auditor de la Rota romana por los reinos de Aragón y Gobernador de Roma.

La habilidad y destreza de Navarro hizo innecesaria la entrega de la carta al Papa, documento que hubiera puesto en grandísimo aprieto al Pontífice, no pudiéndose alegar un motivo de extradición puesto que no se reclamaba al Padre Almaraz como criminal y que hubiera ocasionado grandísimo escándalo en el mundo.

Navarro se entendió sólo con Marco Catalán, á quien pudo, por medio de la carta del Rey, hablar con franqueza, y ambos prepararon la ejecución del arriesgado proyecto.

No bien llegó á Roma, Navarro con su fiel asistente, se hospedó en una de las mejores fondas de la ciudad con el porte y ostentación de un opulento personaje de los muchos que en todas épocas van á pasar una temporada en aquella hermosa ciudad, emporio de las artes y grandioso museo arqueológico.

Al mismo tiempo que llegaba á Roma Navarro, fondeaba en el puerto de Civitta-Vecchia, y saludaba al fuerte con veintiún cañonazos, la fragata de guerra española *Manzanares*, cuyo Comandante no había recibido otras instrucciones que la de obedecer ciegamente las órdenes que diera el oficial de la Secretaría de Marina D. José Pérez Navarro.

Puesto de acuerdo Navarro con Catalán, y después de tantear diestramente á éste y hacerle concebir la esperanza de que si servía bien al Rey lograría por su mediación vestir la púrpura cardenalicia, convinieron en el modo de ejecutar el rapto del Padre Almaraz.

Vivía éste, pobre y humildemente, en una modesta

casa de la calle de Condotti; y como nada temía á tanta distancia de su patria, salía algunas veces por la noche, retirándose, sin embargo, antes de las nueve.

En una noche del mes de Octubre, fría, lluviosa y oscura, el alumbrado, ya de suyo bastante escaso en Roma, no lucía en la calle de Condotti. Fuese casual ó intencionadamente, ello es que no se habían encendido los faroles de aquella calle.

Acababan de dar las nueve, y un pobre clérigo, apoyado en un bastón de muletila, se dirigía casi á tientas á una humilde casa de la calle citada.

—¡Vaya!—dijo el clérigo entre dientes, tropezando y reconociendo el terreno con su bastón—parece que la policía romana se ha olvidado de encender los faroles de mi calle precisamente en una de las noches más oscuras. ¡Gracias á Dios que he podido llegar á mi casa!

Apenas se preparaba á entrar en ella cuando se vió acometido por cuatro hombres, que tapándole la boca, pero sin hacerle daño alguno, le hicieron subir las escaleras de su habitación; y después de registrarla, hicieron un paquete con sus papeles, ropas y el poco dinero que encontraron, y asiéndole de los brazos le hicieron bajar la escalera, llevándole á la plaza de España, que está contigua á la calle de Condotti, en donde había una magnífica silla de posta con varios correos que debían preceder al carruaje.

Metieron al pobre fraile con su equipaje, y entraron también en el Navarro y su asistente.

El preso, vuelto de su primer asombro, empezó á gritar y pedir socorro á las poquísimas personas que á aquellas horas transitaban por la plaza de España.

Llegáronse algunos á la silla de posta, atraídos por los gritos y por la curiosidad.

—¡Señores, socorredme! ¡Me han robado, me quieren asesinar!—gritaba el Padre Almaraz.

—Compadecedle, señores—decía Navarro—; este señor es un Grande de España, un Duque, que en su demencia, se empeña en pasar por un pobre clérigo; y yo, su mayordomo, encargado por sus parientes, voy á devolverle á su atribulada familia.

—¡Qué lástima!—dijeron los curiosos alejándose.

—Cálmese vucencia, señor duque, que pronto llegaremos á su casa y tendrá el gusto de abrazar á su familia.

—¡Qué duque ni qué demonios!—gritaba desesperado el fraile.—¡Sois unos asesinos! ¡Sois unos malvados!

Navarro dió orden á los postillones de marchar y la silla de posta salió á escape con dirección á Civitta-Vecchia.

Durante el camino se repitieron las mismas escenas, pero en la última parada los gritos del fraile llamaron la atención de la gendarmería, que rodeó la silla de posta y preguntó qué era aquello.

—¡Favor, socorro, que me llevan preso!—gritó Fray Juan con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Pobre señor!—exclamó Navarro dirigiéndose á los gendarmes.—¡Pobre señor! ¡Quién ha de creer, al verle así, que es un Duque, todo un grande de España!

—¡Mentira, mentira, soy un eclesiástico! He sido arrebatado al entrar en mi casa, y me llevan no sé adónde para asesinarme.

—Tranquílcese vucencia, señor Duque; le aguarda su familia llena de pena y tendiéndole los brazos.

—No lo creáis, señores; favorecedme, gendarmes; prestadme vuestra protección; yo no soy duque, yo no soy grande de España; no soy más que un pobre clérigo y quieren asesinarme.

—La locura de siempre. ¡Pobre señor Duque! Le ha dado la manía de creerse fraile y que quieren asesinarle.

—Vuestros papeles—dijo el sargento de los gendarmes.

Navarro se los entregó; el pasaporte estaba en toda regla para el Excmo. Sr. Duque de Medina y su intendente D. Juan Pérez Navarro.

El sargento devolvió los papeles á Navarro y ayudó á éste á hacer subir en la silla de posta al asandereado clérigo.

Media hora después llegaron á Civitta-Vecchia; allí aguardaba la fragata *Manzanares*.

Al llegar á la fonda le sirvieron un suntuoso almuerzo, al que no quiso tocar á pesar de las repetidas y respetuosas instancias de Navarro.

Nuevos y más desesperados gritos lanzó la pobre víctima cuando llegó el momento de hacerle entrar en la lancha para conducirlo á la fragata; pero sus clamores y su desesperación, tranquilamente explicados por Navarro, convencieron á los curiosos de que aquél era uno de los más singulares casos de locura.

Cuando el religioso entró en la fragata, la tripulación lo recibió con los honores que marcan las Ordenanzas para los Grandes de España y la artillería hizo el saludo correspondiente.

Media hora después salía del puerto la *Manzanares*; y aún no había perdido de vista á Civitta-Vecchia, cuando cambió la decoración por completo.

Fray Juan de Almaraz fué encerrado en un camarote, se le prohibió hablar ni comunicar con nadie, empezando para él una absoluta incomunicación, que debía durar toda su vida.

A punto estuvo de morir en el camino aquel pobre hombre, que realmente se hallaba casi loco; tan fuertes y terribles eran las emociones que había experimentado.

Llegó la fragata á Barcelona, donde se encontraba el Rey con motivo de la sublevación de Cataluña (1827).

Navarro se presentó á S. M. y le participó que tenía á bordo de la fragata *Manzanares* al fraile, contándole cómo se había apoderado de su persona y que en poco se le muere en la travesía.

—Y teniendo, como tenías orden de no dejarle hablar con nadie—dijo el Rey—¿qué hubieras hecho si te hubiese pedido confesión?

—Le hubiera yo absuelto—respondió Navarro—y le hubiera traído el cuerpo á V. M. conservado en una pipa de aguardiente.

El Rey celebró mucho la ocurrencia, é hizo que el mismo día saliera Navarro para conducir á Fray Juan de Almaraz á Peñíscola, llevando al Gobernador de aquel castillo, el Coronel D. Luis Gorzábal, la orden de encerrar al prisionero en la más alta de las torres, sin permitirle jamás hablar con nadie, ni aun con el mismo Gobernador, sirviéndole la comida por medio de un torno y suministrándole los vasos de limpieza por una trampilla que corría y recorría un carcelero.

Al Capitán general de Valencia, D. Francisco Longa, le encargó la exacta observancia de esta orden, señalándole la cantidad de veinte reales diarios para la manutención de aquel preso, que no debía figurar en ninguna nómina ni registro, cual si fuese un hombre que hubiese desaparecido del número de los vivientes.

Tres años habían pasado desde la instalación de Fray Juan de Almaraz en aquel sepulcro, donde su lengua no había podido cambiar ni una palabra con ningún ser humano, pues las órdenes del Rey se cumplían religiosamente.

A pesar de todo, no pudieron borrarse de la memoria del Rey las imprudentes amenazas que el codicioso fraile había lanzado desde Roma como medio de cobrar su legado.

Era el verano de 1830, y ocupaba como Administrador la Silla metropolitana de Valencia, vacante á la sazón, el Arzobispo de Méjico D. Pedro José Fonte, á quien los insurrectos mejicanos habían arrojado de su diócesis, obligándole á buscar un asilo en España.

Este Prelado era un hombre prudente, virtuoso y pariente cercano del Ministro de Gracia y Justicia Don Francisco Tadeo Calomarde.

A estas circunstancias debía que el Rey se valiese de él para dar la última mano al interesante episodio del Padre Almaraz, encargándole arrancase la retractación de lo que éste había escrito sobre la confesión de la Reina María Luisa.

El Ministro de Gracia y Justicia enteró á su pariente el Arzobispo de la existencia del preso en el castillo de Peñíscola, y le ordenó que, fingiendo una visita á la fortaleza, fuese allí solo, y, dejando en la puerta á sus familiares, mostrase deseo de admirar desde aquella altura el grandioso panorama de los campos y del mar que desde allí se descubre, sin que nadie pudiera sospechar que hubiese para esta excursión otro móvil que el capricho y la curiosidad.

El Capitán general de Valencia, avisado por el Ministro, dió orden al Gobernador del castillo para que dejase comunicar libremente al prisionero con el Arzobispo.

Abierta la prisión por el Gobernador, penetró el Prelado en el calabozo y vió allí á un hombre de aspecto semisalvaje, con largos y enmarañados cabellos, la barba blanca y crecida hasta la cintura, el paso tardo y la voz balbuciente y casi inarticulada por falta de uso. El infeliz se arrojó sollozando á los pies del Arzobispo.

Este trató de consolarle y le excitó á que confesara su culpa y por escrito se retractase de la horrible calumnia con que en su carta al Rey había manchado la memoria de la Reina María Luisa, único medio de obtener el perdón del Rey, y hasta llegó á ofrecerle que se le abrieran las puertas de la prisión, verdadero sepulcro donde tantos años vivía separado de todo humano trato, y hasta privado del uso y consuelo de los Santos Sacramentos.

El Padre Almaraz se confesó con el Arzobispo, y escribió y firmó una completa retractación pidiendo humildemente perdón al Rey y demostrando un profundo arrepentimiento.

El Arzobispo le prometió el perdón y constituirse en incansable agente con el Rey hasta lograrlo, sirviéndole de intermediario el Ministro de Gracia y Justicia su pariente.

Quedó el negocio terminado de la manera que hemos visto, y ya ni el más leve recelo ni temor inquietaron al Rey, que era poseedor de la retractación del confesor de su madre.

Pasaron meses y meses, y todo había vuelto á quedar en el más profundo olvido. El P. Almaraz seguía recluso en la alta torre del castillo de Peñíscola; y aun cuando alguna vez el Arzobispo trató de inquirir con gran secreto del mismo Gobernador alguna noticia sobre la existencia de aquel hombre, no pudo obtener respuesta.

Entonces se dirigió á Calomarde, instándole para que viese al Rey y éste cumpliera su palabra, que él en su nombre había dado al infeliz prisionero después de la retractación que hizo por escrito.

Para dar más fuerza á esta súplica, añadió al Arzobispo que en ella estaba interesada su conciencia, puesto que él había sido el instrumento de que se habían valido para la consecución de un documento tan precioso y que tanto había deseado el Rey.

Al día siguiente de esta petición llamó Calomarde á su despacho á su pariente y le dijo que el Rey había visto con el más alto desagrado su recuerdo, debiendo borrar completamente de su memoria aquel asunto, como si nunca hubiera tenido conocimiento de él. Que había cumplido bien la misión que se le había confiado; pero que, terminada ésta, no debía volver á pensar en ella, si no quería exponerse á recibir una muestra terrible del desagrado de S. M.

El virtuoso Prelado, hombre ya anciano, y además de un carácter tímido y apocado y de salud quebrantada, temeroso de la amenaza del Rey, selló sus labios y procuró borrar de su memoria aquel suceso.

Nadie volvió á hablar al Rey del prisionero.

Transcurrieron tres años más, y en 1833 murió el Rey Fernando VII, entrando á reinar su hija Doña Isabel II, bajo la regencia de su madre Doña María Cristina de Borbón.

Al régimen absoluto de los últimos tiempos de su padre sucedió al régimen liberal, y el 16 de Enero de 1834, siendo Presidente del Consejo de Ministros don Francisco Martínez de la Rosa, se dió una amplia amnistía para toda clase de delitos políticos, abriendo las puertas de la madre patria á todos los que el absolutismo había hecho emigrar.

A la sazón era oficial mayor de la Secretaría de Gracia Justicia D. José Muñoz Maldonado, Conde de Fabraquer y Vizconde de San Javier (mi padre, quien debo estos apuntes), que por razón de su cargo y por la confianza que en él tenía el Ministro Calomarde, á quien había oído referir el suceso, reveló á Martínez de la Rosa la historia y la existencia del prisionero del castillo de Peñíscola, cuyo nombre no constaba en ningún registro.

Martínez de la Rosa consultó el caso con la Reina Gobernadora, la cual no tenía la menor noticia del hecho, y dió orden al Ministro de Gracia y Justicia para que inmediatamente el Gobernador del castillo de Peñíscola, pusiera en libertad al desgraciado Fray Juan de Almaraz, que no había sido sentenciado por ningún tribunal, ni por delito común ni político, sino en virtud de sentencia arbitraria, dictada y ejecutada por el poder absoluto del Rey.

El Rey Fernando VII recompensó largamente á todas las personas que intervinieron en este secuestro.

Navarro tuvo su ascenso, y además fué nombrado capitán del puerto de la Habana. Marcos Catalán, el Gobernador de Roma, obtuvo el Capelo Cardenalicio en 1828, por mediación del Rey. El asistente, que era cabo de mar, fué también nombrado, con dos ascensos, primer Contramaestre.

El P. Almaraz fué puesto inmediatamente en libertad; y habiéndole preguntado el Gobernador del castillo de Peñíscola dónde quería ir, después de haberle entregado sus efectos y los ahorros que le entregó Navarro, dijo que á Valencia, para embarcarse para Mallorca, en donde tenía parientes.

El Capitán del puerto de Valencia le facilitó pasaje, y á los dos meses de haber llegado á Mallorca murió en estado de demencia y sin apenas pronunciar palabra, por efecto de los trabajos y rigurosa incomunicación que durante nueve años había sufrido el infeliz P. Juan de Almaraz, último confesor de la Reina María Luisa.

EL CONDE DE FABRAQUER.

DESDE ABINICIO

¿Qué es amor? Adán y Eva
dijeron al definirlo,
porque su lampo brillante
iluminó el paraíso,
que es un curso de dinámica
explicado por sí mismo;
que con serpiente ó sin ella,
haga calor ó haga frío,
sus efectos simpatizan
con todos los organismos.

JOSÉ MARIA NOGUÉS.

CARTA DE BABIA

Nuestro celoso corresponsal de Babia nos escribe una interesantísima carta en la que, á la vuelta de importantes noticias de la buena sociedad madrileña, nos da la clave de muchos misterios políticos.

Hé aquí la interesantísima epístola de nuestro querido amigo Cándido.

«Querido Director:

«Desde las alegres playas de este pintoresco pueblo, materialmente cuajado de hoteles y alegres villas, casi sin quitarme el polvo del camino, escribo á usted, aunque con temor de que esta carta desaparezca del correo, dada la importancia de las noticias que lleva.

«Se dice en primer término que está aquí veraneando con su familia el Sr. Ignotos; que su interesante hija Petra entra en el baño con calabazas; que en casa del Conde del Roncal se reúne por las noches toda la colonia veraniega, y se juega al mus; que asisten á estas reuniones el conocido viudo Sr. González, y la eterna soltera señorita Martínez, y que también ha solido concurrir á ellas el distinguido auxiliar de la Comisión de Ventas, Sr. Comino, por lo que se les da cierto carácter financiero y político, toda vez que á consecuencia de haber asistido también á ellas el Sr. Pampliega, auxiliar de la clase de quintos del Ministerio de la Gobernación, hay quien dice que el sargento de la Guardia civil pasea mucho por delante de la casa de los Condes del Roncal.

«Otros más maliciosos indican que estos paseos se relacionan con la cocinera del citado Marqués¹, que

¹ A quien parece se le deben dos mensualidades.

no mira con malos ojos al veterano sargento. Reserve usted, por Dios, estas importantísimas noticias.

«Dicen que ayer llegó el Marqués del Río-Colorado. Yo no le he visto; hay quien asegura que viene perseguido por dos acreedores intransigentes, y que veranea herméticamente encerrado en el cuarto de su hotel, sin más ventilación que la que entra por el ojo de la cerradura.

«Ayer tuvimos una gira deliciosa: salimos á las tres con un sol canicular, y respirando una atmósfera de fuego y polvo; como aquí no hay *blases*, salimos en carretas, cuyos toldos se vinieron al suelo antes de la mitad del camino; al llegar al pintoresco punto de la cita, junto al arroyo del Morrillo, donde desembocan las cloacas de Babia, se montó un horno de campaña y se guisó un arroz deliciosísimo, aunque algo ahumado y demasiado blando, con el que, y un cordero asado que todavía balaba de puro crudo, se realizó la más suculenta merienda que ha tenido la *cremme* madrileña, merienda completada con un vino algo agrio, que crea usted que podía pasar por Burdeos de las mejores marcas.

«Al regreso, que fué agradabilísimo, aunque interrumpido por una tormenta descomunal, y por la rotura de la rueda de una de las carretas, que puso hecha una *Ecce-Eva* á la Condesa del Roncal, me quedé rezagado con el importantísimo hombre público D. Juan Fernández, y pude arrancarle las siguientes importantísimas declaraciones que traslado á usted y á los lectores de este periódico en la misma forma de diálogo en que pude arrancárselas:

«Yo.—¿Qué piensa usted de la situación política de España?

«El.—Á esta situación la ha precedido otra, y otra vendrá después de ella; lo importante es el porvenir; pero es preciso que se refunda en el pasado; y autorizo á usted para que haga públicas estas declaraciones más, añadiéndole que todo lo que no sea volver á la Constitución del año 12, no fructificará.

«Yo.—¿Y los demócratas dinásticos? ¿Y Montero Ríos? ¿Y López Domínguez? ¿Y Romero Robledo? ¿Y Canalejas?

«El.—Buenos.

«Yo.—¿Quiere usted decirme con franqueza qué significa ese laconismo en el responder?

«El.—Significa que el que más y el que menos comprenden todos que no hay más salvación que la Constitución del 12, por la que todos los españoles sean buenos y benéficos, y es posible que recobremos á Gibraltar....

«Yo.—¡Ah! Las llaves del Estrecho.

«El.—Pist....

«Yo.—Por Dios, Sr. Fernández, el país tiene derecho á conocer el pensamiento de los grandes estadistas.

«El.—Pues bien, si en teniendo mejor artillería y más fuerza que los ingleses, y en cuanto nos entreguen Gibraltar, se lo quitamos; dueños de este punto, marchamos sobre el África, sembramos de naranjas mandarinas y de trigo todo Marruecos; mandamos las naranjas á Inglaterra, y nos traemos el oro inglés; exportamos el trigo á Europa entera, y somos dueños del numerario de esta parte del mundo, y dueños de dos de las cinco que componen el planeta, formamos un ministerio homogéneo.

«Yo.—Nunca agradeceré bastante esta confianza, de la que voy á dar noticia á mi periódico, haciéndola además traducir al árabe.

«Dichas estas palabras, habíamos llegado á Babia, y el grande hombre se bajó de la carreta como un simple mortal, siendo obsequiado aquella noche con una serenata de violines.»

JUAN VALERO DE TORNOS.

UN CRIMEN CÉLEBRE

Ha sido señalada para los días 15, 16 y 17 del actual mes la vista de la causa instruída contra D. Ramón de Siscar, por muerte de su madre D.^a Javiara de Castellarnau, hecho ocurrido en igual época del pasado año

en la casa-palacio de la interfecta, calle de la Puerta-ferrisa, núm. 22, de esta capital, y que tan grande emoción produjo aquí y en las limítrofes provincias de Lérida y Tarragona, donde la familia Siscar posee vastísimas propiedades, visitadas en más de una ocasión por personalidades ilustres, como el actual Obispo de Barcelona, Cardenal Casañas, cuando se hallaba al frente de la diócesis de Urgel.

Ramón de Siscar, de estatura mediana y complexión recia, tiene unos treinta años de edad, es rubio acentuado, usa bigote corto y espeso con gufas ligeramente retorcidas hacia arriba; sus ojos azules y expresivos completan una fisonomía distinguida, al par que agradable.

Siendo el alcohol la causa determinante del lamentable suceso de que hablamos, hemos de hacer constar que Siscar entregábase con gran frecuencia al vicio de la bebida, prolongando las libaciones en tales términos, que ponía en cuidado a familia y amigos.

Una vez achispado, encaminábase a las casas de juego, aquí siempre numerosas, y dejaba en ellas cuanto dinero llevaba.

Embriagado y con los bolsillos exhaustos, regresaba Siscar a su domicilio, donde al formular nuevas peticiones de dinero ocasionaba fuertes altercados con su pobre madre, que inútilmente le reprochaba su conducta.

En una de estas ocasiones fué cuando, encolerizado el desnaturalizado hijo al serle negada nueva suma para dedicarla al juego, disparó dos tiros de revólver a la que le dió el ser, ocasionándola la muerte casi instantánea.

Existen grandes dudas acerca de si Siscar tiene ó no perturbadas sus facultades mentales, pues el abuso de la bebida le había convertido, casi, en verdadero alienado.

Recuerdo una noche que a avanzada hora encontré a Siscar en la plaza de Cataluña y me invitó a hacer en carruaje una excursión al cementerio nuevo, distante media legua y situado detrás de Montjuich, en camino defectuoso y accidentado, donde son frecuentes los hechos criminosos de toda especie.

Inútil paréceme el consignar que decliné el obsequio.

La difunta D.^a Javiera de Castellarnau era viuda del ex diputado a Cortes D. Ramón de Siscar, emparentado con gran parte de la antigua nobleza catalana. El palacio en que se desarrolló el nefasto drama hállase cerrado desde entonces.

El parricida se educó en Francia. Durante sus tres años de residencia en París fué huésped de los Condes de Caylá, Secretario particular de S. A. R. la Princesa de Bulgaria. Entre sus amigos figuraban Emilio Zola y Mr. Fernand Xau, director de *Le Journal*.

Por espacio de algunos meses dedicóse al estudio de la arquitectura bajo la dirección de Mr. León Carle, constructor de la sala de espectáculos "L' Olympie" de la capital de la vecina república.

Hallándose de veraneo en Lorient (Bretaña), fué muy festejado por los guardias marinas del buque escuela "Iphigénie", lo mismo que en el Círculo de la Marina de dicha población, devolviendo Siscar con esplendidez ambos obsequios.

De regreso en Barcelona escribió artículos literarios en varias publicaciones, entre ellas la *Revista del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro*, que dirige el Marqués de Camps, y *Por Mar y Tierra*, de mi propiedad.

Bajo la dirección del conocido artista Sr. Viñas pintó varios cuadros, pues Siscar quería saber de todo, música y canto inclusive, llegando a ser regular *amateur*. Uno de sus lienzos, por cierto de gran tamaño, regaló a su peluquero, el cual lo destinó a decorar una de las paredes de su establecimiento.

Ramón de Siscar, en cierto viaje que realizó a Italia, hizo una visita a D. Carlos de Borbón en su palacio de Loredan, en Venecia, trayéndose como recuerdo del Pretendiente varios retratos, y un pañuelo bordado de D.^a Elvira, con la cifra de ésta.

Cuanto conocieron a Siscar en época anterior al crimen, no se explican cómo pudo cometerlo, pues era hombre de gran cultura y de modales tan escogidos, que más bien pecaba de exceso de respeto y cortesía para con todo el mundo.

Aparte esos detalles, mi simpático amigo D. Raimundo Durán y Ventosa, hijo mayor del ex Ministro Sr. Durán y Bas, en su calidad de letrado y pariente de la familia Siscar, púsome días pasados al corriente de la petición fiscal y de otros pormenores.

Parece deducirse de sus noticias que el ministerio público solicitará se imponga la última pena al delincuente, circunscribiéndose el abogado defensor señor Balagueró a hacer resaltar la eximente de locura a favor de su patrocinado.

Un dato desconsolador para Siscar. El consejo de familia no ha podido aún reunirse, por negarse a ello varios parientes del joven preso en estas cárceles.

ENRIQUE DE ESPINOSA.

Barcelona, Diciembre 1902.

LA DECENA INTELLECTUAL

Uno de los lugares en que con más ahinco, entusiasmo y mejores resultados se viene trabajando por el desarrollo del comercio español, sin cuya prosperidad no pasan de la categoría de sueños utópicos las esperanzas en próximos días de poderío moral y material, es el Centro de Instrucción Comercial, situado en la plaza del Angel, núm. 8, y bien conocido de cuantos se ocupan de tan importantes cuestiones. Allí no se habla a cada instante de regeneración, sino que se practica, dando sólida y científica instrucción a 1.380 jóvenes, pertenecientes en su mayoría a la laboriosa y honrada clase del comercio madrileño, que reciben de competentes profesores, desde la Instrucción primaria, elemental y superior, hasta los más completos conocimientos de la carrera de comercio y de otras materias de suma utilidad en la vida moderna, como Taquigrafía, Dibujo lineal, Piano y Solfeo, Gimnasia, etc. Debemos estos datos, que sentimos mucho no poder desarrollar por falta de espacio, a la bondad de D. Lorenzo Víctor Paret, inteligentísimo profesor mercantil, que explica en el Centro de que nos ocupamos las asignaturas de Economía política y Teneduría de libros, y es además muy conocido por sus brillantes trabajos sobre asuntos económicos, que le han valido una merecida reputación y un importante premio en un certamen recientemente celebrado en Barcelona.

En el Círculo de Bellas Artes se ha inaugurado una exposición de apuntes y estudios de viaje, debidos a paisajistas de bien sentada fama y a jóvenes, algunos en posesión de un talento ya formado, y que ofrecen las más grandes esperanzas para un porvenir no remoto. Citemos entre los nombres de los que han concurrido al brillante certamen a los Sres. Zubiaurre, Robledano, Labrada, García Martínez, Bianqui, Llovet, Villodas, Robles, Gutiérrez, Manchón, Oliva, García, Urquiola, Otermín, Poy Dalmau, Ruiz Luna, Souto, Vargas, Machuca, Gisbert, Vila Prades, Hidalgo, Martínez Vázquez, Cuervo, Bermejo, Bertuchi, Sánchez de la Peña, Gómez Alarcón, etc. Casi todas las obras expuestas tienen algo de íntimo y personal.

En el salón de actos del edificio que ocupan los Luises dieron principio las conferencias acerca del trascendental tema "Cultura y acción social de la mujer en España". Trató el P. Cámara de la Vizcondesa de Jorbalán, tan conocida por sus eximios rasgos de caridad y extraordinarias virtudes, y fué escuchado con suma atención por el aristocrático auditorio. Las sucesivas conferencias estarán a cargo de los Sres. Silvela (D. Francisco), Pidal (D. Alejandro), Obispo de Sión y Menéndez Pelayo.

El ilustrado marino y distinguido publicista D. José Gutiérrez Sobral disertó en la Academia Científico-Mercantil sobre las vías más importantes del mundo, viéndose premiada su utilísima labor con grandes salvas de aplausos. En el mismo local habló sobre la "Enseñanza mercantil" el notable escritor Sr. Zahonero.

Sobre temas de gran importancia, relacionados con la medicina y la higiene, versaron las conferencias y discursos pronunciados en la pasada decena en la Escuela práctica de Especialidades médicas por los Doc-

tores Botella y Donoso-Cortés, Garrido y Cubero, y Calvo y Martín, que trataron respectivamente de la "Significación diagnóstica de la disnea", del "Tratamiento de las lesiones anexiales" y de "La segunda pulmonía del siglo XX". Celebró sesión pública la Academia Médico-Quirúrgica: el Sr. González Campo expuso algunos casos de vértigo de origen estomacal, y el Sr. Barragán explicó un caso de cirugía del estómago. Dió principio el Dr. Espina y Capo a una serie de conferencias de carácter esencialmente escolar, sobre las medidas higiénicas que deben observarse contra la tuberculosis, en el Colegio municipal de San Ildefonso, local cedido generosamente por el regidor patrono Sr. Estelat.

En el Círculo Fraternidad Republicana terminaron las conferencias explanadas por un elocuente orador acerca del "Origen de las religiones", y comenzó una nueva serie a cargo del Sr. D. Facundo Dorado, con el título "Austrias y Borbones: efectos de la intolerancia religiosa". En La Acción Democrática los señores Bark y Ayuso explicaron la "Táctica revolucionaria" para celebrar la huelga general, haciéndose cargo el primero de los ataques dirigidos a los republicanos socialistas por parte de algunos libertarios. En el Centro de Sociedades obreras leyeron notables trabajos de propaganda literaria socialista los distinguidos escritores Sres. Llanas Aguilaniedo y Bernaldo de Quirós; el primero sobre Zola y su obra *Trabajo*; el segundo sobre el novelista ruso Máximo Gorki, que, como es sabido, tan magistralmente pinta a las clases desheredadas.

En el Centro Gallego tuvo lugar una velada literaria en honor de la ilustre escritora orensana D.^a Filomena Dato de Muruais. En ella tomaron parte la eximia publicista Sra. Pardo Bazán y los literatos gallegos señores Valle Inclán, Rovira (D. Prudencio), André, Vales Failde y Bargiela.

CAGLIOSTRO

EL AMOR

Doutez, si vous-voulez de l'être qui vous aime,
d'une femme ou d'un chien, mais non de l'amour même.
MUSSET.

Ama, cuando la tierra te convida
en su florido tálamo fragante;
en la viril edad ama constante,
y ama en el Occidente de tu vida.

Como paloma cándida que herida
es leal a su nido, aunque distante,
sé leal a tu amor, sola y brillante
perla del mar del mundo, no escondida.

Que es el amor, si a compendiarlo aspiro,
un relámpago al roce de una mano,
y en sólo una mirada el firmamento.

Amor es la tormenta en un suspiro,
es lágrima fugaz al Oceano,
y es una eternidad en un momento.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

Concurso de GENTE VIEJA

¿Qué es el modernismo y qué significa, como escuela, dentro del arte en general y de la literatura en particular?

LEMA: *Quand même.*

Si la Redacción de GENTE VIEJA se ha propuesto, al lanzar semejante pregunta, revolver nuestro mundo literario y convertirle en un verdadero campo de Agramante; si ha querido atraerse las iras de todos los *sno-las, smarts y superhombres* intelectuales que andan sueltos por esos mundos del arte, predicando la buena nueva y proclamando la desaparición y el ostracismo, para nunca más volver, de cuanto teníamos hasta ahora por arte, por belleza y por buen gusto, seguramente se ha salido con la suya.

Efectivamente: poner en tela de juicio, siquiera sea

bajo la forma de una inocente pregunta; someter a discusión, aunque no se trate más que de una información como ahora se dice) sin consecuencias; preguntar sencillamente qué significación tiene el *modernismo* en el arte y en la literatura, es la mayor enormidad que puede cometerse, la más grande herejía que puede ocurrirse a hombres formales, que sin duda han perdido en esta ocasión la seriedad que parece debía distinguirlos, volviendo a los tiempos en que muchos de ellos formaban aquel núcleo de gente maleante, que constituyó la única bohemia verdadera en el que figuraron Antonio Altadill, Florencio Moreno Godino, Roberto Robert, Eduardo Inza y algún otro respetable y respetado escritor todavía vivo, y que creen, seguramente, que basta con haber aprendido a leer en las obras de Cervantes; con saberse de coro a Rodrigo Cota, a Jorge Manrique, al Arcipreste de Hita, a Garcilaso, a Lope, a Calderón y a los Argensolas; con recitar de memoria y de cabo a rabo a nuestro Romancero; con haber ovacionado a García Gutiérrez, a Hartzenbusch y a Ventura de la Vega; con conocer como las propias las obras de Shakespeare de Schiller, de Corveille, de Racini, de Beaumarchais; y con guardar culto ferviente a Murillo, a Velázquez, a Ribera, a Goya, a Rosales y a Fortuny, para estar autorizado para criticar el fruto maravilloso de la psicología y de la intuición; la quinta esencia de la observación y de la estética que, por virtud de una integración maravillosa y sutil, que sólo las almas elevadas pueden apreciar, ha dado, como síntesis final, el modernismo.

Si el modernismo pudiera definirse; si fuera posible precisar, como pretende GENTE VIEJA, su significación como escuela dentro del arte y de la literatura; si se pudieran concretar los principios a que obedece, las leyes por las que se rige y las reglas que determinan su aplicación, el modernismo dejaría de existir. Es algo así como el nihilismo en el arte: nada de lo hecho antes de su aparición vale ni sirve para nada; nada de lo que pueda hacerse después tendrá valor alguno. Ni viene de nadie ni va a ningún lado. Es la aspiración suprema y única de los que no han querido molestarse estudiando el pasado, por conceptuarlo inútil y hasta perjudicial; de los que no quieren pensar en lo porvenir, porque no aspiran a llegar a la gloria que, al sobrevivirles, nada positivo habrá de darles; de los que se ocupan sólo del presente para procurar que su obra no se parezca en nada a la de sus contemporáneos; es la carrera loca y desenfrenada en pos de lo original, de lo personal, que decimos ahora; es la negación de todo lo hecho hasta hoy como sería dentro de algunos años, si durara, la negación de lo que hubiera producido nuestra época: no admite reglas, ni modelos, ni principios, ni siquiera procedimientos de ejecución; no atiende ni se sujeta a nadie. Su fórmula es la misma de aquel famoso decreto revolucionario: "Desde hoy no existe nada. Nadie está encargado de la ejecución de este decreto."

El modernismo, en realidad, no es más que una manifestación del espíritu de la época que atravesamos. La característica del final del siglo XIX, y por lo visto de los principios del XX, es la velocidad; parece que no hay tiempo para nada; se quiere llegar a todas partes casi sin haber empezado el camino; se quiere aprender mucho en poco tiempo; ser una enciclopedia, sin haber saludado los libros elementales; ser pintor, sin saber dibujo; ser escritor, sin ocuparse apenas de lo mucho bueno que nos dejaron nuestros antepasados, y ser músico sin conocer las más elementales reglas de la composición. Procedimiento fácil y que permite que todos los que hacen muñecos en el papel se crean Flaxmanus, Daumiers u Ortegos; que todos los que usan la pluma se crean escritores, debiendo más bien, como decía el pobre Clarín, llevarlas pegadas al cuerpo por la punta; y que todos los que atruenan nuestros oídos con ese chaparrón de notas inconexas que constituyen buen número de las modernas composiciones musicales, se consideren superiores, con mucho, a Gluck, a Beethoven y a Mozart.

Y la manera de crearse por autogeneración, si vale la palabreja, el modernista, es bien sencilla. Le basta, si es pintor, con renegar de los maestros antiguos y, por supuesto, de los modernos, tolerando si acaso al ver-

doso Greco, como si Corot, Millet, Chaplani, Bonger, Puvis de Chavannes, Fortuny, Rosales, Haes (el maestro de todos nuestros buenos paisajistas), Kaulbach (cuyos dos dibujos "La casa de locos" y el "Crimen para salvar el honor" son la última expresión del realismo verdadero, y sobre todo cuyo "Diluvio universal", hecho en su tercera manera, es un monumento artístico); Lembeg, el bohemio Lyska (autor de "El sueño", que se conserva como oro en paño en el Museo de Praga) y el mismo Mackart, aun dentro del convencionalismo que aparece en muchas de sus obras, fueran unos pintamonas; si es literato, con calificar de plagario a Shakespeare y de latosos a Walther-Scott, a Ainsworth (al que la mayor parte no conocen) y a Ganisborough entre los autores ingleses; con no hablar más que de Grillpalzer, en Austria, y si acaso citar de pasada a Sacher Masoch (tal vez sin tener noticias del "Legado de Adan", cuya segunda parte "La propiedad", es una obra maestra del más puro anarquismo, ni del "Emisario," ni de Kaunitz," ni del "Don Juan de Kolomea", ni de toda la labor inmensa del retirado de Brück-an-der-Mur, del que decía la prensa berlinesa que debía ser colocado al lado de Wagner, de Mackart y de Schopenhauer); prescindiendo de Kisfaludy, el poeta épico; de Arany, el cantor de las leyendas guerreras; de Alejandro Petoefi, el Beránger y el Musset húngaro, que ha narrado como ninguno las excelencias del amor y de la guerra, y al que la patria y la libertad de su país deben sus mejores himnos, y del mismo Mauricio Jokai; con citar en Rusia a Tolstoi, por encima de todo; hoy ya algo a Gorki y a Mereshkowski y un poco todavía a Dostoiowski, como si Tourgenoff y Gogol, y sobre todo Pouchkine, no hubieran existido; con hablar de continuo de Sinkiewicz y de Mickiewicz, entre los polacos; de Hauptmann, de Moetterlinck y de Sundermann, entre los alemanes; como si jamás hubieran escrito Schiller, ni Goethe, ni Heine, ni recientemente Heyse, el autor de "Los hijos del mundo," ni Berthold Auerbach, el narrador inimitable de las "Historias de la Selva negra"; con citar a todas horas a Ibsen y a Bjönstjewe, Björnson (tal vez por lo difícil que resulta pronunciar este enrevesado apellido); con llamar romántico a Víctor Hugo, artificioso a Sardou, falso a Dumas, pesado e infecto a Zola (el ídolo de hace diez años, cuando el modernismo se llamaba realismo); barajando a diario, como los dioses mayores de la nueva era, a de Musset, a Bourget, a Prevost, a Flaubert, a Oscar Wilde, a Huysmanns, hoy convertido; al pobre Maupassant, y con cantar a diario las glorias del diputado por la belleza, del nunca bien ponderado d'Anunzio, relegando casi al olvido a Praga, a Cossa, a Rovetta y al mismo Goldoni, tienen nuestros literatos modernistas cuanto necesitan para mirar de arriba abajo a los que tienen la desgracia de no pensar como ellos, creyendo que esta flamante manía, que no escuela, no ha producido en la literatura dramática nada como el *Hamlet*, *El Rey Lear*, *El mercader de Venecia*, *el Otelo*, *el Don Carlos*; *Los bandidos*, *el Ruy Blas*, *La Vida es sueño* ó *El Alcalde de Zalamea*, sin citar más ni llegar a tiempos más modernos; ni ha alcanzado, en la pintura de caracteres, a la precisión, a la realidad asombrosa y a la concisión, reducida a veces a un solo rasgo, a una sola frase de Víctor Hugo, de Jokai, de Ganisborough, de Heyse, de Tourgenoff, sin mencionar nuestros maestros contemporáneos en la novela española, bien presentes en el ánimo de todos y que están bien lejanos de querer pasar por modernistas, desde el momento que lo fian todo a la observación detenida y a la apreciación del detalle saliente que basta para definir y caracterizar un personaje; ni ha dado en la pintura nada más que manchas informes, sin relieve, sin claroscuro, sin vigor, como si la naturaleza no tuviera distancias, que son los planos del cuadro, ni matices, que son la armonía del color, ni detalles, que son la personalidad de los objetos; ni magnitudes, que afirman las relaciones entre éstos: ni en la escultura más que escorzos imposibles, proporciones fuera de la realidad, actitudes forzadas, posiciones antiestáticas y superficies negosas, desiguales, como si la piel humana estuviera necesaria y universalmente atacada de elefantiasis ó de lepra; ni en el arte suntuario más que muebles inútiles para el objeto a que se destinan; sillones con respaldos enormes, con patas inverosímilmente delga-

das, sin más aplicación que ocupar un lugar en nuestras habitaciones y poner en un aprieto a nuestros visitantes, expuestos, a cada momento, a tomar contra su voluntad y bruscamente una posición más cómoda y más de acuerdo con las leyes de la estática.

Cuando el modernismo desaparezca del horizonte del arte, lo que no tardará seguramente mucho tiempo en suceder, sólo dejará tras de sí, pero encerrada en sus justos límites, la tendencia hacia la originalidad, que ha sido uno de sus elementos característicos, aunque retorcido de puro forzado; tendencia que, por otra parte, no ha sido exclusiva de esta nueva modalidad, que no es escuela, artística.

JOSÉ UBEDA CORREAL.

LA MIRADA

(Continuación.)

No sé cuántas horas transcurrieron; sí solamente que, como eco debilitado de conversación lejana, escuché una voz que decía:

— Ánimo, mi capitán, ya se está pasando.

Algo más tarde pude gustar en mis labios sabor de bebida alcohólica: no había muerto, pero me esclavizaba un estupor que hacía imposibles mis movimientos; vivía, es cierto, pero una vida menguada, impotente para hacer recobrar a los sentidos su percepción, para demostrar a cuantos me rodeaban que mi estado, semejante al del cataléptico, me impedía comunicarles mis impresiones.

Tras esfuerzos titánicos conseguí abrir los ojos y darme cuenta de mi situación: estaba en el fortín del destacamento; habíamos, pues, llegado al fin de la jornada sin que yo supiera cómo, y Pereira y mis soldados me contemplaban y escuchaban mi fatigosa respiración. Yo me encontraba casi desnudo y tendido en el suelo sobre las telas dobladas de dos hamacas: mi uniforme, desgarrado y húmedo aún, estaba unos pasos más allá.

Horas después, reaccionado y vuelto a la plenitud de la vida, confortado con el interés solícito que sinceramente me manifestaban mis subordinados, conocí el desenlace de la peligrosa aventura que me puso en los umbrales de la muerte.

Cuando revuelto en el lodo, inmóvil en el fondo del torrente, entregado a la fuerza de las aguas, que en su descenso me empujaban hacia el barranco, neutralizando mis tentativas de oponerme a sus violencias y ganar la orilla más cercana, lanzóse en mi auxilio Pereira con heroico arrojo, se sobrepuso a todo sentimiento de debilidad ó de temor, y en medio de la cenagosa corriente me abrazó en lucha desesperada contra los elementos enfurecidos. Y con un peligro para su existencia igual al que yo corría, y con la decisión enérgica que regulaba los actos de su voluntad, se propuso salvarme y me salvó.

Poderosa fué la emoción que me produjo escuchar el relato del suceso; no fué menos intenso mi remordimiento al meditar acerca de mis temerarios juicios sobre las condiciones morales de Pereira. Allí estaba; mirándome con su fijeza habitual, desmintiendo mi creencia supersticiosa: las pupilas, donde se reflejaban durezas y terquedades que yo había supuesto no servirían más que a sentimientos bastardos, se me representaban espejos de generosidad leal.

Avergonzado, confuso, me incorporé y estreché entre mis brazos a Pereira: ni sé qué palabras empleé para demostrarle mi gratitud, ni recuerdo tampoco si entremetí con ellas mis excusas por las inmerecidas antipatías que en mí despertaron su trato y su presencia; excusas ociosas é impertinentes, que si brotaron de mis labios las impulsó a salir la exaltación de mi arrepentimiento.

Después de este suceso — terminó Fabián — comprenderás mis esceptismos; cuando esas diosas caprichosas que llamamos Providencia y Casualidad intervienen en los destinos de los hombres, no se sujetan a leyes ni a sistemas, y es imposible descubrir los caminos por donde nos conducen a la adversidad ó a la fortuna. Y por eso no me convence la filosofía del cuento de Bourget.

*
* *

Pocos días después tuve ocasión de visitar á Fabián en su casa.

Uno de los objetos que me enseñó con veneración piadosa era un retrato de Pereira, cuya fisonomía expresiva no tenía ciertamente mucho de tranquilizadora. Fabián, sin embargo, me confesaba que no existía para él nada más consolador que la efigie del salvador de su vida, la cual contemplaba de continuo para recordar al amigo abnegado que le miraba con igual dureza que le habían mirado aquellos dos seres que despertaban en su memoria recuerdos de ignominia y de injusticia.

MANUEL CONROTTE.

TARJETAS POSTALES

* GENTE VIEJA, entre cuyos colaboradores hay muchos literatos distinguidos, ha tenido más ocasión que nadie, de ver tarjetas postales del mundo entero.

De todas partes se nos remiten tarjetas pidiéndonos autógrafos de estos *mozos viejos*, que por lo visto todavía representan algo en la literatura que tiene por vehículo la hermosa lengua de Cervantes.

Cuántas novedades hay en América y en Europa, las tenemos también en Madrid, y la colección de nuestro amigo Thomas constituye seguramente una exposición de lo más notable que hay en su género.

Los elegantes salones del entresuelo de la calle de Sevilla, 3, son hoy punto de cita de todos los aficionados y aficionadas á tarjetas postales, y los millones de ejemplares que hay en esta verdadera exposición constituyen la colección más completa que seguramente existe en España y fuera de España.

GARCI-FERNÁNDEZ

Información especial de GENTE VIEJA

(CUESTIÓN SOCIAL)

XVI

Obsérvese, en prueba de esto, lo sucedido hasta ahora en las sociedades cooperativas de producción que han existido ó existen. La asociación necesita forzosamente un gerente, y le elige con más ó menos acierto. Si es imperito ó malvado, los asociados se arruinan y se separan desengañados. Si el gerente es hombre de ciencia, de experiencia, de moralidad, el ensayo sirve para darle á conocer su propio mérito y valor, se niega á ser el alma de un cuerpo egoísta y desagradecido que no le retribuye en proporción á sus servicios; se resiste á ser mandado por muchos y muy inferiores; busca su independencia á la vez que su provecho, y la forma cooperativa ha servido para poner á un hombre en camino de ser un capitalista más. El capital de los cooperadores entre tanto ha desaparecido, ó cuando menos mermado.

La cooperación para el consumo es posible y puede ser provechosa, porque su objeto queda reducido á suprimir intermediarios, y sus operaciones no salen de la rutina: la cooperación para la producción, más difícil y compleja, es hoy, como regla general, pura y simplemente impracticable, porque ya no estamos en las circunstancias sociales que permitieron á San Benito hermanar el trabajo con la abnegación religiosa en el seno de un místico comunismo, y si sus monjes tuvieran hoy que labrar la tierra en competencia con los labradores de nuestra organización social, viciosa é imperfecta y todo, dudamos mucho que aumentaran en algo la riqueza pública.

Si en vez de querer llegar de golpe á la forma cooperativa para producir, se acepta, plantea y desarrolla gradualmente la participación industrial, se establecerán con ello verdaderas escuelas de cooperación, bajo la gerencia de los únicos maestros que tienen títulos legítimos para ejercer esta enseñanza, y que ofrecen á los obreros bastantes más garantías que unos gerentes ó patronos electivos y hasta cierto punto irresponsables.

De este modo los fabricantes irán enseñando á sus operarios y formando sin violencia á sus futuros consocios; los obreros jóvenes, retribuidos con el jornal, adquirirán la experiencia y la pericia que les falte y allegarán su peculio; los viejos—cuyo trabajo va transformándose en espiritual á medida que pierden las fuerzas físicas—cooperarán fructuosamente dentro de las condiciones impuestas por la naturaleza, y el capitalista fabricante, el maestro de hoy, podrá ceder sin desdoro una buena parte de sus pingües beneficios á unos prójimos que sean dignos de su respeto y su cariño.

* Y, después de todo, una vez aceptado y desarrollado el sistema mixto de retribuir al obrero, ¿á qué queda reducida la reforma? A crear sociedades cooperativas de producción; pero á crearlas por caminos lógicos, obedeciendo á las leyes providenciales, dando al tiempo lo que es suyo, y á cada cual lo que de veras ha ganado.

Váyanse en buen hora extendiendo y multiplicando los paliativos propuestos ó que se propongan, á fin de reprimir ó contener á los más mientras sigan los campos separados; váyanse tendiendo hilos de interés para tejer con ellos, según las leyes naturales, el lazo de la simpatía: si queremos acercar á los combatientes para confundir sus aspiraciones y deseos, acéptese desde luego con lealtad el principio de la participación industrial; otorguen los fabricantes un compromiso tácito á sus mejores obreros — para principiar; — estudien y analicen de buena fe la cuestión, y ¡quién sabe si con el tiempo será tan rara la discordia como lo son en la actualidad la buena inteligencia y la armonía!

Para intentar el remedio que proponemos, sancionado por] las costumbres de muchos pueblos, impuesto en ocasiones supremas por la necesidad y recomendado de nuevo por recientes experiencias, el camino es obvio y por demás sencillo: 1.º, empezar por la donación graciosa de una parte de las utilidades, bajo determinadas condiciones, á la porción más ilustrada de los operarios; 2.º, procurar que aquel sobre-salario no vaya á fomentar los vicios de los trabajadores, sino que se deposite en Cajas de de ahorros para ser el germen de un capital, ó para asegurar la vida durante la vejez ó la desgracia; 3.º, ir extendiendo los favores de la participación á los demás braceros que de ellos se hagan dignos; 4.º, conceder por grados y con prudencia á los operarios así asociados la precisa intervención en las cuentas y balances, para que se cercioren de que no se les defrauda; 5.º, inculcar en la conciencia del obrero los sentimientos de responsabilidad y de dignidad que les aconsejan invertir la mayor parte de sus economías en la industria en que trabajen, tomando así posición como capitalistas, y aceptando virilmente el riesgo de las pérdidas, ya que gozan del lucro de las ganancias; 6.º, procurar que la legislación se modifique gradualmente, á fin de dar á los proletarios que concurren de buena voluntad á la reforma, confianza en la justicia social, declarando, por ejemplo, deuda hipotecaria, á todas preferente, la de aquellos que hubiesen colocado sus ahorros en una empresa industrial sostenida con su trabajo; 7.º, resolver pacientemente todos los detalles de organización, ensañarlos y practicarlos para que sean sancionados por la costumbre, hasta poder elevar á verdadero contrato escrito la asociación de todos los trabajadores, principiendo por el fabricante ó capitalista, y concluyendo por el último bracero de una fábrica; 8.º, multiplicar y perfeccionar entre tanto y á la vez cualesquiera asociaciones é institutos destinados á ilustrar y moralizar las clases más desgraciadas, y muy preferentemente á la mujer; 9.º, procurar que cada mejora, cada institución se traduzca y refleje en las leyes, á fin de que, realizado el derecho, todos los trabajadores de este mundo, sin distinción de clases ni categorías, se acerquen, se conozcan, se estimen, se socorran, se amen.

Mucho tienen que aprender unos de otros. Si al obrero conviene imitar por egoísmo á esos que en són de desprecio suele llamar «los burgueses», en lo tocante á previsión, en el orden y en la economía, los ricos podrán más de una vez tomar ejemplo de resignación y de caridad del pobre. Sueñan algunos ilusos con la liquidación social, que entienden bárbaramente á su manera, cuando las leyes de este mundo, cuando esa

constitución suprema—dentro de la cual se hacen y deshacen, aparecen y se desvanecen, como copos de nieve ante la luz del sol, las efímeras y convencionales instituciones humanas—nos obliga fatalmente por el camino del progreso hacia una justa é ineludible liquidación, por medio de la abundancia de los capitales, de la redención del trabajo físico y del amor en el trabajo del espíritu. Para llegar á aquella liquidación verdaderamente paternal y única posible, en que cada cual cobre en proporción á sus obras, no debemos darnos huelga ni descanso al inquirir y desentrañar la armonía que hay entre los fenómenos físicos y los espirituales, teniendo siempre en la memoria aquellas palabras de Jesucristo, que encierran toda una ciencia divina: «*la verdad os hará libres.*»

Buscar la verdad hasta encontrarla, y buscarla á la luz de una simpatía honrada, es el método infalible para resolver estas y otras dificultades sociales. Por desgracia, nada demuestra tanto lo poco que hemos adelantado en el período, analítico en que vivimos y lo mucho que necesitamos pensar antes de poseer algunas grandes síntesis, cuanto la noción imperfecta que tenemos del trabajo del hombre y la resistencia de la rutina á aceptar la que á los ojos y á los sentidos salta.

Nosotros hemos procurado hacer en esta Memoria la primera aplicación de la definición científica del trabajo. ¡Plegue al cielo que la luz refulgente de la verdad penetre al través de la exposición tosca y opaca de nuestra corta inteligencia, y que hayamos conseguido llevar al ánimo del que nos lea un átomo del profundo convencimiento que abrigamos acerca de su exactitud! Muchos, muchos años hace que venimos observando cómo se impone esta verdad en los escritos de los primeros pensadores, y nuestro asombro crece de día en día al ver que no se formula. Los astrónomos, cuando quieren determinar la órbita de un planeta, cuidan de tomar en cuenta todas las atracciones y repulsiones que influyen en su marcha, pues saben que, de despreciar alguna, pudiera resultar una curva inexacta, si no inverosímil. Los observadores en el campo económico social descuidan, si no desprecian, las atracciones y repulsiones del sentimiento. La fuerza convincente del dolor ocasionado por teorías absurdas, por dolorosas perturbaciones, les obligará á tomar en cuenta como elemento principal de cálculo aquello que restablece la armonía y descubre los misteriosos enlaces de lo útil con lo bueno y con lo bello.

Recórrase toda la historia, ese gran libro para estudiar las evoluciones humanas, como el Cosmos es el gran libro para estudiar las evoluciones terrestres, y con los anales del trabajo en la mano, penetrando hasta lo más hondo de la esclavitud, en que el obrero es una cosa; en la transfiguración del esclavo en siervo, hombre ya, aunque á la cosa adscrito; viendo cómo el siervo, sin acertar á despojarse por completo de las doctrinas añejas, inaugura una época de privilegio y monopolio para explotar al más débil, analizando las revoluciones de nuestro tiempo, de donde surge el régimen industrial de libérrima concurrencia; descendiendo, en fin, al taller y al miserable tugurio, se advertirá la fijeza de las leyes que hemos procurado explayar, y se vendrá en conocimiento de los medios eficaces para trocar el antagonismo en concordia y seguir haciendo más llevadera la suma de mal que existe, ó en lo posible aminorarla.

No nos mezamos, sin embargo, en brazos de ilusiones peligrosas: el mal es el freno del individuo y de la especie. Apenas se olviden ó escarnezcan las ordenanzas providenciales, con tanto dolor y tanta fatiga por algunos pocos descubiertas, tan ignoradas de la generalidad, el mal volverá á manifestarse en una ó en otra forma, y ninguna organización social, política ó económica, bastará á suprimir en nuestro ser la ambición y el egoísmo, ni á aniquilar sus estragos. Podremos—á fuerza de años, ¿quién sabe si de siglos?—estrechar los intereses, multiplicar las relaciones entre las clases sociales, asegurar el equilibrio, haciendo depender al grande del pequeño y del mediano, y extender los fueros y los términos de la justicia distributiva, del propio modo y por los mismos medios que viene sucediendo desde el principio de las edades; podremos ayudar en vez de contrariar la evolución iniciada por la naturaleza y des-

envuelta en la historia; pero no olvidemos que todo es relativo en este mundo; que diferencias, insignificantes hoy, podrán ser insoportables mañana; que el corazón del hombre no se ve nunca satisfecho; que las desigualdades naturales producirán las sociales, y son de todo punto necesarias; y en fin, que la satisfacción de las necesidades superiores de la sociedad tienen su precio, como todas, y que debe pagarse de antemano. En añadidura de un cada vez más perfecto conocimiento de la verdad, es condición precisa, de existencia dentro del ambiente de la libertad, que la noción del deber y del derecho, propio y ajeno, sea tan pura como arraigada en la conciencia, lo cual se traduce en la práctica por una disciplina social, cada vez más severa y rigurosa. ¿Será buen medio de llegar al fin apetecido dar amplitud y halagar sin medida alguna graves exageraciones del individualismo moderno? El organismo superior es á la par el más complejo. ¿Adónde se llegaría si se constituyese el organismo social—el más complejo de todos—sobre el principio fraccionador de la anarquía?

La divina sabiduría de Jesús veía que la bienaventuranza estaba en la unión, no en la dispersión, y les decía á los hombres: «*Amaos los unos á los otros.*» La sabiduría humana ansía el mismo bello ideal, pero sabe que para realizarle no ha de haber hambre de por medio, y por lo mismo procura, á fuerza de paciencia y de constancia, trabajar mucho para producir mucho y acercar el hombre al hombre; hacer así que dependa cada cual de los demás; distribuir los frutos según las obras, y abrir las puertas del festín á todos, sin perjuicio de señalar á cada uno el sitio que haya de ocupar, según sus merecimientos. *Non plus ultra.*

MELITÓN MARTIN.

Madrid 20 de Octubre de 1875.

*
* *

Si los lectores de GENTE VIEJA han seguido con atención el trabajo del Sr. Martín publicado en 1875, habrán podido apreciar que aquel ilustre pensador había dicho cuanto sobre estas materias se ha repetido mal muchos años después.—(N. de la R.)

BIOGRAFÍA DE UN CABALLO

¡Qué hermosa es mi dehesa! Aquí la espaciosa pradera, tapizada de dulce y sabroso pasto. Silvestres florecillas la esmaltan, arroyos cristalinos la riegan, aura vivificante la embalsama, fuentes murmuradoras calman mi sed. Allí la olorosa sierra salpicada de arbustos lozanos. Horizontes dilatados y hermosos; reposan en mí la salud y la alegría; mis sentidos se recrean con este venturoso concierto de la naturaleza. ¡Qué grato es mi destino! ¡Qué bella mi libertad!

Tengo dos años. ¡Edad feliz! Pronto llegaré á ser una persona formal. Hace ya bastante tiempo que mi madre me insinuó con una buena perrada que yo abusaba de la lactancia, y desde entonces hallo más agradable y más decente el recrear mi paladar con los jugos sabrosos de otras tiernas hierbecillas. Casi casi me avergüenzo de haber mamado.

Emancipado ya de la maternal tutela, invierto el tiempo en amables recreos y festivos goces con otros potros de mi edad, entre los que cuento hermanos, primos y amigos, gente toda retozona y alegre. Corremos, triscamos, saltamos, trepamos por valles, colinas y barrancos. ¡Cómo se desarrollan mis fuerzas! ¡Cómo acrece mi agilidad! ¡Qué venturosa es mi vida!

Uno de los mayores me ha echado un lazo al cuello, y tira de mí con ahinco; fácil me sería sacudirme y escapar; pero estoy lleno de curiosidad. Sigámosle, pues sin duda piensa regalarme con alguna golosina. ¿Qué mal puede intentar contra mí este hombre que me vió nacer, y á quien en nada he ofendido? Resueltamente quiere obsequiarme. Sigámosle.

Tarde conocí mi error. Me han atado inhumanamente. Estoy en el herradero. Por más que bufo y me estremezco, no se apiadan de mí. Traen un hierro enrojecido, aplícanlo ferozmente á una de mis nalgas.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué dolor! Chamuscan mi pelo, talarán mi piel, achicharran mi carne. ¿Qué pretenderán estos salvajes? Tiemblo, resoplo, brinco, ronco de ira y de dolor. Al fin me sueltan y huyo; huyo como una centella para apartarme de la vista de los racionales, que así mortifican al inocente. ¿Y qué será esto que acaban de hacer conmigo? Esta señal indeleble que dejan sobre mi persona, ¿será la condecoración que me conceden para que ostente la nobleza de mi linaje, ó será la marca vil del esclavo?

¡Caracoles, y cómo me escuece!

Se han pasado cerca de otros dos años entre delicias y placeres. Corre mi vida llena de encantos y felicidad. Esta libertad me cautiva. La naturaleza sigue prodigándome los infinitos tesoros de sus bienes. ¡Qué satisfecho estoy de mi destino! Un día vino el amo de la yeguada con algunos amigos; los mayores me presentaron á ellos; todos me rodearon colmándome de lisonjas y adulaciones; crujen una fusta, yo boto y escapo, mientras suenan en mis oídos estas exclamaciones: ¡Magnífico! ¡Hermoso potro! ¡Soberbio animal! Cuando se me ha pasado algo el susto, me miro en un remanso de agua cristalina, y me convenzo de que no me han adulado. ¡En verdad que soy un mozo *barbián!*

Han congregado toda mi parentela, y nos sacan de la dehesa. Uuas cuantas yeguas, abuelas las más, nos acompañan, sonando sus esquilas. Andamos, andamos y llegamos al fin á un paraje muy extenso, ocupado todo él por racionales é irracionales, confundidos con democrática llaneza. Oigo decir que esto se llama feria. Rodéanos mucha gente. Tornan á entresacarme de mis compañeros y congéneres. Miranme ávida y descaradamente desde la cerviz á los cascos, y desde los belfos hasta el maslo de la cola. En verdad que me va amostazando tanta curiosidad. Un hombre vestido de majo, con muchos relumbrones y alamares, se me acerca, me examina y... ¡hasta me tienta! ¿Qué querrá este tío? estoy escamado. Tiene la audacia de levantarme el labio para mirar mis dientes. ¿Se creará este alcornoque que padezco escorbuto, ó me irá á aplicar los polvos de Quiroga?

En verdad que no sé si es preferible á mi antigua y salvaje libertad este nuevo horizonte que se ha abierto á mi destino. Paredes estucadas me cercan, vistosos artesonados me cobijan, transparentes cristales me defienden de la intemperie, mullida cama bríndame al reposo, copioso pesebre excita mi apetito, brillante pila apaga mi sed, elegantes lacayos me sirven, me pulen, me limpian, me friegan, me rascan con la almohaza. Creo que he ganado en el cambio de vida, sobre todo por la cebada. ¡Vaya una cosa rica que es la cebada!

El amo, que es un gran señorón, me visita y me regala de vez en cuando con un terroncillo de azúcar, dándome palmaditas en el lomo. Estoy en la caballeriza con otros cinco compañeros que no pueden disimular la envidia. Encima del pesebre tengo un gran tarjetón en el que dice «Brillante», nombre con el que me designan el amo y las personas destinadas á mi servicio. Lo único que me aburre é incomoda es esto de las pulseras. ¿Por qué no han de dejar libres mis brazos para que manotee cuanto quiera?

¡Cómo halagan mi vanidad! Me han llevado á la zapatería y me han puesto cuatro babuchas de hierro con las que piso tan á gusto. Mi sustillo he pasado, porque me acordaba de la chamusquina; pero doile por bien empleado á trueque de lo bien que piso. Creo que ni los caballos históricos Bucéfalo y Babieca, ni los fabulosos Pegaso y Rocinante han alcanzado mi celebridad. Vienen á verme de todas partes gentes atraídas por mi fama, y es mi caballeriza un jubileo, donde los más distinguidos aristócratas acuden á porfía á tributarme el incienso de la lisonja. He oído decir que hasta la prensa se ocupa de mí.

Me han puesto en la escuela, y aseguran todos que soy muy aprovechado. Allí me hacen dar vueltas y contravueltas, que es precisamente lo que yo deseo, porque me aburre la ociosidad.

He visto al volver á casa una yegua torda. ¡Vaya una hembra! La miré, me miró; relinché yo, relinchó ella. Al eco dulce de su acento sentí circular por mis venas un fuego desconocido; latió violentamente mi corazón y vigoroso repentino impulso sacudió todos mis nervios. Quise acercarme á ella..... vamos, para *soltarla el pavo*, como dicen en mi tierra; piaté impaciente, me encabrité, y el bárbaro del lacayo que me conducía del diestro, dióme un serretazo que á poco más me parte las narices. Este ha sido el dolor segundo de mi vida: «Y dejaremos ya de llevar cuenta».

Cuatro días han transcurrido, y no puedo olvidar á la yegua torda. ¡Qué culata!

Empieza á molestarme el abuso que hacen de mi nobleza y tolerancia. Han tenido hoy el atrevimiento de colocarme sobre el lomo una cosa que llaman galápago, ó lo que sea, y me han apretado la barriga un poco más de lo que debiera tolerar mi paciencia. Pero la verdad es que con los adornos que me han puesto pareceme que resalta más mi gallardía. Además ¡me tratan con tanta dulzura y afabilidad!

¿Y qué es esto? ¿un mondadientes? ¿un rosco de marfil de los que usan los mamones humanos que están en la dentición? ¿Qué es esto tan duro y frío que introducen en mi boca? Me da dentera. Lo paladeo y no sabe á nada. ¿Si querrán divertirse conmigo? No. ¡Pues como yo me hartel!....

Pues, señor, hasta aquí llegó. Encima de mí no se monta ni el gallo de la pasión. Pero ¡calla! Ya está sobre mi lomo este hombrécito. ¡Diantre, y cómo se sostiene el condenado! ¡Qué bárbaramente me oprime con las rodillas los costillares! ¡Bueno! ¿Calzoncitos á mí? Nada, no hay medio de derribarle. Vamos á otra intontona. ¡Imposible! Se ha adherido á mí formando parte de mi persona como un centauro. Y bien á buenas, lo cierto es que pesa poco el pobre diablo, y que en lugar de mostrarse resentido por mis desvíos, me acaricia dándome palmaditas en la tabla del cuello. Parece un buen sujeto. Sin embargo ¿debo sufrir resignadamente esta humillación? Reflexionaré luego en la cuadra. Tolerémosle por hoy.

Se ha pasado otro año de mi vida. Cuento ya cinco años. Me hallo en la edad viril del hombre, en la plenitud de la existencia. Me siguen diciendo todos que soy hermosísimo. Mi pelo está lustroso como un espejo, mi nariz brota fuego y es descarnada y huesosa, mis ojos son expresivos y centellantes, mis orejas diminutas, movibles y afiladas, ancho mi pecho, que cubre á veces mi crín sedosa, robustas mis ancas, aceradas mis piernas, enjutos y flexibles mis brazos, redondos y conformes todos los detalles de mi cuerpo, elevada mi estatura, mi apostura arrogante, copiosa la cola que me azota las cuartillas. Mi temperamento es nervioso-sanguíneo, mi genio un relámpago. Soy ágil como una cebra, vigoroso como un elefante, noble como un mastín, altivo como un sultán. Mi educación ha sido esmeradísima. Marcho al castellano y al sostenido, conozco perfectamente *los aires altos*, ando de costado con la mayor firmeza y desenvoltura, trote bizarramente y galopo con entera serenidad y aplomo, tengo grandes elevaciones, hago piernas con elegancia, doy corbetas, piafo, saludo, llamo á la puerta y hago otras mil lindezas y habilidades que acrecentando mi renombre me elevan á la apoteosis.

Sobre todo dicen que es tal la sensibilidad de mi boca, que una bella señorita, que suele montarme alguna vez, me guía con un leve cordón de seda. Púlenme y acicalánme como novia que va á bodas, rízanme las crines, embetúnanme los cascos, adórnannme con mantillas, lazos y borlas, y por dondequiera que voy arrastro en pos de mí las absortas miradas de los transeuntes. Bien sé yo que mi dueño no me cambiaría por un imperio.

(Continuará.)

ANTONIO RUBIO.